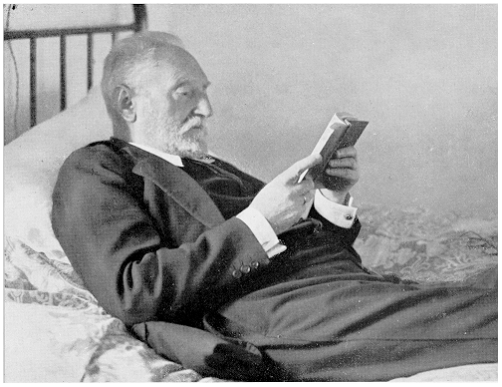
¿POR QUÉ TENÍA USTED TANTO MIEDO, DON MIGUEL?



Estamos en el 31 de diciembre de 1906. Es ya de noche. Don Miguel se halla en su estudio, en la planta baja de la casa rectoral, rodeado de libros, donde reposa el espíritu de pensadores ilustres. Profunda soledad. En el silencio, le late la zozobra de su corazón y de su pecho. La lamparilla de aceite llena de sombras la estancia y alumbra las cuartillas sobre las que vuelca el docto profesor versos de premonición y angustia. Tiene 42 años. Ahora mismo siente como si la Muerte le rondara cautelosa. Escudriña en lo oscuro y recuerda cuando tuvo su angina de pecho. (¿No sería un crisis de pánico, don Miguel, eso que los americanos llaman ahora 'panic attack'?). Un pensamiento de sudor frío le cruza la mente: <<*Tal vez cuando muy pronto vengan para anunciarme que me espera la cena, encuentren aquí un cuerpo pálido y frío*>>. Le sale el pensamiento prácticamente rimado y así lo escribe en uno de esos cuadernos donde pone su vida cotidiana en verso. Nadie lo sabe, pero él forma parte de esa legión de altos intelectuales vulnerables a la superstición o a la magia del rito. Por eso no puede evitar decirse en su interior: <<*Tiemblo de terminar estos renglones que no parezcan extraño testamento, más bien presentimiento temeroso del allende sombrío, dictados por el ansia de la vida eterna*>>.

Pasa por una temporada tormentosa, acongojado por la visión de la nada de ultratumba. No sabe cómo se le ha venido esto encima. Busca consuelo en los versos, y éstos le salen cada vez más desconsolados. Se encuentra lleno de remordimientos. Y de síntomas de ansiedad: insomnio y despertares sobresaltados, hormigueos en mano y brazo izquierdos (que le recuerdan "aquella" angina de pecho, ya hace casi diez años), palpitaciones, astenia, mialgias, dolor de estómago…

Puede que sea de nuevo una crisis. Está dejando de lado su idea de hacer un Tratado del amor de Dios. Se lo impide su actual sentimiento trágico de la vida. Siente íntimamente que se trata de una encrucijada importante. Recuerda las palabras de Pedro Corominas, hace poco, en Barcelona: <<*Usted no ha llegado al Evangelio, usted se ha quedado en el libro de Job*>>. Ah, el puñetero Corominas. Hace años, en una carta, le decía, poco más o menos, que su obsesión por la muerte era un *espejismo interior*, en fin, algo patológico. "*Los hombres sencillos no hablan de la muerte*", le apuntillaba.

¡Pero si la muerte no importa! ¡Lo que importa es la inmortalidad, so simple! –le respondía mentalmente don Miguel.

(Pero, ay, don Miguel, ¿qué inmortalidad? ¿La de a toda costa? ¿Aunque fuera la de los zombis que vagaban por las orillas del Aqueronte de los antiguos griegos? ¿La inmortalidad mortecina en la que llegó a

creer un antiguo judaísmo? ¿La carnal e impúdica de los guerreros germánicos? ¿La inmortalidad perfecta, contemplativa, absoluta, inmaterial, trashumana del Dios cristiano?

Allí tiene, en su mesilla, la carta reciente de Ortega, que está empeñado en que se dedique a una cátedra de Filosofía de la Religión, aconsejándole, de paso, contención y previniéndole del misticismo 'energuménico'. ¿Qué es eso de tenerle por místico? Sabe que, en boca de algunos, es una manera de fulminar a otros. Peor es el escepticismo, o, mejor dicho, el agnosticismo fanático.

Lo suyo no es ni escepticismo ni agnosticismo. Es constante duda lacerante. Llega a la conclusión de que vivir en la incertidumbre es su método de consuelo. Es decir, no decantarse, o, mejor dicho, no poder decantarse, y vivir interiormente en la tensión de los contrarios o de las contradicciones. Porque si, tras la muerte, lo que hubiera fuese o la aniquilación de la conciencia individual o la existencia de un Más Allá, en los dos casos, ambas creencias amargan la vida.

Ni siquiera en los tiempos más fervorosos de su etapa religiosa de juventud, ni aun cuando oía las descripciones más truculentas de los curas, le hizo temblar el infierno. Porque si se sufre eso quiere decir que se vive, y lo que importa es vivir. Pero es más, nunca creyó en el infierno, aunque tampoco en la bienaventuranza eterna.

Él temía la Nada, la desaparición de la conciencia. Y su deseo era sólo persistir indefinidamente en el ser propio. Ser todo yo y para siempre jamás. Y además: ser yo y, sin dejar de serlo, ser además los otros. Adentrarme la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo. Si no lo soy todo y por siempre es como si no fuera.

Hay tres soluciones.

O sé que me muero del todo, y entonces es la desesperación irremediable.

O sé que no muero del todo, y entonces la resignación.

O no puedo saber ni una cosa ni otra, y entonces la resignación es la desesperación, o ésta en aquélla, una resignación desesperada, y la lucha.

Ve que toda la filosofía está teñida de la renuncia desesperada

La razón le lleva a negar que su conciencia sobreviva tras la muerte -dijo tajantemente: la fe en la inmortalidad es irracional-, mientras que su deseo tira hacia lo contrario. No cree, pero quiere creer. Creer con la vida, pues con la razón no puede. De la persistencia de estos dos movimientos encontrados surge la incertidumbre en la que él se instala, aunque comprende que haya hombres que no puedan soportar ese desgarramiento y opten por el suicidio. Finalmente todo suicidio es una terrible ausencia de Dios.

¿El alma? ¿Dios? Para él, en sintonía con Lucrecio, el alma es una función del cuerpo organizado que se traduce en conciencia individual. ¿Y Dios? ¿Es algo sustancial, fuera de nuestra conciencia, fuera de nuestro anhelo? ¿Es Dios sueño del hombre? ¿Crea Dios al hombre, crea el hombre a Dios? Dios es -si es o

si fuera- el Universo mismo, el alma del mundo, la conciencia colectiva, total y creciente del Universo. La finalidad es el acceso a la conciencia pura. Si el hombre llegara una vez a tomar conciencia plena de todo sería Dios. Así como para ciertas cosmogonías primitivas hubo en el origen de la Humanidad la figura del Civilizador u ordenador del mundo, su Dios, el de Miguel de Unamuno, o, mejor dicho el que él interpreta como el Dios monoteísta cristiano, ese Dios hace el papel de Inmortalizador. No, pero yo, Miguel de Unamuno, no quiero anegarme en el gran Todo. No quiero ser poseído por Dios, sino poseerle.

Su Dios es panteísta como el de Spinoza y su sueño del hombre es como el de Nietzsche.

¿Y Cristo? ¿Dónde colocar a Cristo?

Cristo es la proyección divina, el modelo o deseo divinos, del hombre en su agonía humana: ésa es la agonía del cristianismo. Quizá Cristo nos salva no *efectivamente*, sino mostrándonos que es posible el proyecto del hombre divinizado, es decir, predicando que es posible que el hombre llegue a resucitar un día: "Yo soy el camino".

Pero todo esto no lo veía claro sino envuelto en nieblas metafóricas. E intuye que siempre será así. Él no es hombre de síntesis sino de contradicciones.

¿Estará dando un mal ejemplo, en especial a sus alumnos?

Se da cuenta de que forma parte de ese grupo humano que se debate con la inteligibilidad del sentimiento, de la creencia, de la fe (quizá con lo que Spinoza consideraba el tercer género de conocimiento: la "ciencia intuitiva"). Pero existencialmente se halla más cerca del "hermano Kierkegaard", con la gran diferencia de que el danés escogió el camino de la soledad y de la angustia, renunciando a la felicidad en aras de un cristianismo heroico. Y él, Miguel de Unamuno, es un rector respetado, casado y con familia numerosa, cuya angustia no se ventila en la vida misma sino en sus interioridades impetuosas, vacilantes, hipocondríacas.

Todos le ven erguido, imponente, brillantísimo, apabullante, dominando la palabra verbal y escrita, centro de círculos. Pero su mujer, su santa Concha, que no se interesa ni se deja impresionar por sus cosas intelectuales, sabe que es un niño grande y lo trata discretamente como una madre, que es como a él le gusta. Nada sería sin esa mujer, aquella que le dijo aquel día en lo álgido de su crisis: *¡Hijo mío*!

Se le humedecen los ojos ahora recordando a su hijo Raimundín, muerto hace ya casi cinco años. El hijo retrasado. El que más quiso porque era sólo vida y afecto, no razón.

¡Dios! ¿Cómo comprender todo esto?

Sabe que no lo comprenderá jamás y que tampoco tendrá fe nunca. Por eso desiste de su proyecto de hacer el tratado del amor a Dios. En su lugar escribirá algo sobre el sentimiento trágico de la vida que le embarga. Luchará siempre por comprender el absurdo y despejar la incertidumbre aun a sabiendas que nunca lo conseguirá. ¡Qué más da! Lo importante es luchar, y él lo hace como un beduino del espíritu.

Este mismo año de 1906, ha compuesto el poema narrativo *La última lección*, donde muestra el diálogo entre el hijo y su padre moribundo:

[...]

Saltó el gato a la cama
[...]
-<<Pobrecito, me mira y no comprende>>.
Y dije yo: <<¿Pobre por eso, padre?
No comprender la muerte es la ventura
de los irracionales.>>
-<<Y la fuerza del hombre
y su flaqueza a la par>> -dijo anhelante-
es, hijo, comprenderla.>>

Y algunos años antes había escrito ya en su *Diario íntimo*:

Ves a un moribundo aletargado que ni habla, ni mueve miembro, ni da señal de vida más que respirar. ¿Sabes acaso si allí dentro se riñen tremendas batallas y sufre con no poder expresarlo o no tiene fuerza para ello? Porque cabe que sus sentimientos e ideas no tengan el vigor bastante para expresarse, pero como únicos y en un cuerpo acabado lo llenen todo, como las estrellas llenan el cielo cuando el sol se apaga. Los espectadores no saben lo que pasa en el último trance y como éste es único y nadie ha vuelto para contarlo, nada sabemos. Es de lo único de que no hay experiencia; sólo una vez se muere. ¿Y no vale acaso vivir para ese acto único? ¿Vivir para morir?

No se debe pensar en eso -se dice-, *si nos pusiéramos a cavilar en la muerte, se haría imposible la vida.*

Hay que pensar en ello, porque siendo el principio del remedio conocer la enfermedad, y la muerte la enfermedad del hombre, conocerla es el principio de remediarla.

Cuando esa idea de la muerte, que hoy paraliza mis trabajos y me sume en tristeza e impotencia, sea la misma que me impulse a trabajar por la eternidad de mi alma, no por inmortalizar mi nombre entre los mortales, entonces estaré curado.

Pero sigue sin estar curado.

*

Ha menguado la luz de la lamparilla. ¿Cuánto tiempo ha pasado en sus ensoñaciones y mono-diálogos intelectuales? ¿Qué hora es?

Ha terminado el poema y sigue vivo.

Oye pasos. La familia le llama.

Otro año más.

**

Don Miguel de Unamuno murió efectivamente un 31 de diciembre, el del anochecer de aquel terrible año 1936. Pocas veces una inseguridad tan grande fue tan brillante.

Carlos Cobo Medina